

muslos blanquecinos. Por la noche, tras la paternal y condenatoria plática sacerdotal, los niños se masturban rítmicamente hasta que la tienda de campaña se viene abajo con tanto movimiento. A partir de este gag, que recuerda al sublime momento de "Amarcord" en el que la masturbación tiene lugar en un coche, Juan Bosch nos va mostrando una serie de historietas cortas que supuestamente tienen relación con los cuarenta años de dictadura en los que el sexo, como los rojos, estaba prohibido. Decimos supuestamente porque, en realidad, no ocurre así.

Lo triste es que "Cuarenta años sin sexo" podía haber sido una comedia divertida, en la que se criticara en profundidad y con saña a la dictadura franquista y su asesinato del placer sexual. Pues no lo ha sido. Y lo que es peor: la película peca de los mismos defectos que dice criticar.

Porque es intolerable que una película que, en principio, se supone partidaria de la libertad sexual, haga el sarcasmo de la homosexualidad del mismo modo burdo y grosero con que lo han hecho siempre las comedias del subdesarrollo hispánico. A un rítmico y mítinero falangista le sale un hijo de lo que vulgarmente se dice la cera de enfrente. No es un chico normal, por supuesto. Pero no porque le guste el cuerpo de sus compañeros. No es normal porque el realizador no ha buscado mostrar el problema del muchacho, sino reírse de él. Por eso lo ha vestido como una ridícula mariposa de collares y peinetas. Las suelas y lascivas risas del público no faltan.

Las otras historietas van por el mismo sentido. Una de ellas es el famoso caso del Cipote de Archidona. Es un espanto. El resto están algo más acertadas, el tono de comedia es conducido con torpeza, pero con un destacado sentido del humor. Lo más increíble, sin embargo, es cuando un periodista de una revista sensacionalista cuenta el concurso que de sus preclaras mentes salió para buscar al macho español más macho. No tiene interés alguno, uno no se explica por qué han rodado y montado esa escena. El cretino (de esta forma lo califica el propio redactor) elegido tiene en carne y hueso a una de las estrellas de cine para que se acueste con ella y le haga el amor tantas veces y con tanta fiera

como el honor del macho de este país lo exige. Naturalmente, no lo hace ni una sola vez. Entre otras cosas, porque la tal estrella es un borde que no hay quien la aguante.

Es una pena. "Cuarenta años sin sexo" se ha quedado en el título. La represión sexual de nuestro país se merecía otra película. Todavía hay tiempo. ■
EUGENIO LUQUIN.

TEATRO

El "Cancionero de la princesa"

El Gayo Vallecano se ha convertido, sin duda alguna, en la primera y única sala de la capital que se plantea materializar la vieja —y quizá utópica— labor de programar actividades culturales de corte puramente popular. Requeriría este fenómeno un análisis en profundidad (cosa a la que naturalmente no renunciamos) que pusiera en evidencia toda la complejidad que el intento implica. Lo cierto es que, por fin, hemos pasado de la pura demagogia teórica a la cruda praxis de mantener una sala teatral al servicio exclusivo de quienes más lo necesitan. Vallecas, con sus setecientos mil habitantes, es uno de los centros urbanos más populares de Madrid, y allí deben estar, por tanto, las raíces verdaderas de una cultura perdida —quizá nunca lograda— capaz de romper con la tradición elitista.

Después de su "Semana gitana", donde el Gayo Vallecano sirvió como plataforma ideal para exponer no sólo la marginación de una determinada clase social, sino su verdadera idiosincrasia, tantas veces manipulada por el puro folklore, la sala de Vallecas ha emprendido una nueva aventura —aventuras son cada uno de los intentos—. El grupo Vara Verde, compuesto por buena parte del ya desaparecido Canon y continuando con la línea teatro-musical de aquél, ofrece su "Cancionero de la princesa". Es cierto que este modo de entender la manifestación teatral se encuentra en evidente desuso y plantearlo como lo hace en la actualidad Vara Verde requiere un mínimo encuadramiento del género. Se trata, en líneas generales, de entrar en el terreno dramático por medio de una determinada vía: la musical. Ello no obedece a un intento gratuito, ni siquiera original, en la historia teatral: la Edad Media, con sus improvisados espectáculos en plazas públicas, enseñó mucho sobre este modo de acercar al futuro espectador por medio de la "melodía". Y es justamente en esta época histórica donde el grupo ubica su actuación para que, de entrada, las fuentes de donde han mameado queden inmediatamente clarificadas. Trovar, cantar una historia, romperla luego para dar paso a la palabra y volver a la trama musical; alegrar, en una palabra, "el alma de los humildes" con trinos populares propicios para la participación. Ahí radicaba el espectáculo de hace siglos y de ahí parte la concepción de Vara Verde.

Pero todo ello no deja de ser una pura cáscara, un cebo —dicho sea en el mejor de los sentidos— con que el grupo adorna su último fin. De este retomar canciones populares, romances conocidos por el pueblo llano, nace una energía que va calando al espectador hasta colocarlo en situación de puro "happening", donde los actores-cantantes reciben multiplicada la corriente emotiva que lanzan. Una pequeña fiesta que intenta recuperar la frescura de una sociedad sin contaminar todavía por la burguesía mercantilista. Los juegos fonéticos (la voz es empleada por el grupo como arma fundamental, espléndidamente manejada) y la picaresca pretende retomar a un espectador que necesita de incontables alicientes para entrar —quizá por primera vez— en un local teatral y para ser partícipe luego de lo que allí se plantea. Junto con la música, el espectáculo está basado en resonancias de Brecht, absurdo, esperpento, sin que nada de ello predomine en ningún momento. El caso es que el espectador entre en un juego donde tal vez lo que menos importa es el contenido. La forma, por sí sola, puede ser también un modo de procurar una paulatina implicación del fondo.

Es evidente que Vara Verde está compuesto por magníficos profesionales que dominan sobradamente su trabajo músico-dramático. Dos aspectos que parecen no enteramente cuajados en el espectáculo: el primero se refiere a la desatención (intencionada o no, pero en cualquier caso evidente) de lo que tan cuidadosa envoltura envuelve en realidad. Dominando el medio al nivel que Vara Verde demuestra hacerlo, el logro de una mayor comunicación en profundidad de texto hubiera resultado altamente aconsejable. El segundo de los aspectos se refiere a la endable mecánica mostrada en el empleo del "happening" que debe intentar, ante todo (y hablo, claro es, de la representación que yo presencié), atraer al espectador sea cual fuese su respuesta, y no, como ocurrió en este caso, que una cierta frialdad de los receptores logre apagar, lamentablemente, buena parte de los resultados perseguidos.

Con todo, parece evidente que el camino emprendido por Vara Verde para penetrar en los entre-

El grupo Vara Verde, en el Gayo Vallecano.



Cultura a la contra

De bares y cafés

En la noche asesinada de un Madrid que nos quieren hacer terrorífico y plagado de zombies, brillan algunas luces: las de los bares que nos acogen hasta la madrugada, y las de los escasísimos cafés donde podemos charlar. Yo ya sé que charlar es cosa antigua, pasada y vulgar, pero me sigue gustando; me gusta mucho más que meterme en una discoteca llena de luces y de malos sonidos, para intoxicarme con los peores alcoholes del mundo, con ginebras incendiarias y roncs de garrafa marcada con la calavera y las tibias del veneno bueno o malo. O que adorar un tocadiscos malo, rodeado de imbéciles que se pasan escasísimos porros sin decir nada.

Hay muchos bares, en este Madrid antiguo/moderno que va de Alonso Martínez a San Bernardo (glorieta). Uno de ellos es el ínclito Pláxico de estirpe fecunda, todo lleno de niños vestidos de cuero y encajes, de niños de lata colada y de diversas marcas de lejía que llaman absenta. Y más allá el punkero Pentagrama, cerca ya del comercial y de las ruinas del que un día fuera Drugstore de Fuencarral, refugio ya perdido para siempre de vagos y maleantes —o sea, de todos los que salimos de noche— que yo frecuentaba. Pero esto no debe ser una guía de calles y bares, que para eso ya está la del ocio. Debe (y puede) ser un espacio acotado, en el que pueda hablar de lo que no puedo hacer: o sea, charlar en cafés acogedores hasta que la madrugada se anuncia.

Me refería a los bares antes citados —y alguno más que no olvido, pero que tampoco pongo— porque son las últimas cuevas de resistentes en esta ciudad cribada de controles policíacos, violadores de carnet de identidad. Resisten al tedio de la televisión, al muermo del rosario en familia, al aburrimiento de los programas de radio para camioneros y taxistas —y no es que tenga nada contra estas profesiones; simplemente creo que los pobrecitos lo pasarían mejor si en la radio no les dedicasen programas tan horribles—, y al horror de las noches insomnes en la cama sin compañía. A los bares se va a ligar, maravilloso deporte, a escuchar música y a beber sueños en conserva. Y, a veces, se charla. Y, a veces, se divierte uno. Pocas veces, claro, porque divertirse es cada vez más difícil.

Antes, para los raros a quienes nos gustaba charlar, había cafés; cafés sin música, con cómodos sillones o sofás y camareros activos y silenciosos, que a veces te prestaban incluso un duro —oh, tiempos pretéritos— para el Metro. Allí, el madrileño antiguo, que era una mezcla de Ramón (Gómez de la Serna) y de Ramoncín (el punk retrechero), podía charlar y tomarse un antojo, o una palomilla, o lo que se terciase —yo no he vivido el tiempo del café con media—, con sus amigos. El café era una mezcla de oficina y de barbería, un lugar de juego y de conversación; algo parecido a lo que debía ser el ágora de Atenas, donde aquellos chiflados envueltos en sábanas hablaban de filosofía como quien habla de frutas y verduras en el mercado. Pero ni con el ágora ni el café existen ya; sólo quedan bares de metal cromado, con música "pop" y regüeldos de líquidos rojizos.

Hay, eso sí, tertulias. Una, de escritores insígnis y algo mayores, en el bar La Hemeroteca; otra en Kühper, compuesta por dos o tres personas; otra en La Aurora, donde oficia García Calvo, menos maestro que nunca. Y otra, menos conocida y maravillosa, en la librería El Pub, cuyos geniales dueños han tenido la idea de reunir, en el mismo local, librería y bar, haciendo verdad tangible y agradable las charlas de trastienda y rebótica que tanto gustaban a nuestros abuelos. Y así, entre tertulia y bar, la noche asesinada no lo es ya tanto. ■ EDUARDO HARO IBARS.

sijos de la esencia popular es perfectamente válido. No podía, por tanto, haber encontrado un mejor marco que El Gayo Vallecano, que tan necesitado está de una profunda remodelación teatral que propicie sus dificultosos fines. ■ MIGUEL A. MEDINA.

"Un día es un día"

Basada en una obra de Jairo Anibal Niño, Jorge Díaz es representado en el Centro Cultural de la Villa de Madrid por el Grupo Teatro de Ensayo de Madrid. "Un día es un día" es un juego dramático que responde perfectamente al cuño del autor chileno-español. Y es un juego porque J. Díaz gusta de jugar con el fenómeno teatral. A pesar de su decantación estética (de ser el primer dramaturgo hispanoamericano representante del Absurdo, a sus nuevos planteamientos más naturalistas, des-

muerte física y presas eternas del terror ciego; radiografías de hombres situados en la España de la posguerra (terrible tema para quienes no deseen caer en el dogma de haberse paralizado en el tiempo). Tres personajes caóticos que se remueven como topos heridos, ciegos, sin más meta que el paso de las horas en el mundo de los vivos.

Pese al persistente empeño de colocar el aspecto psicológico en un primerísimo primer plano, obviando las motivaciones reales y dejándolas como discreto telón de fondo, el tiempo y el espacio son demasiado patentes y se resisten a ser meros sujetos pacientes. La miseria moral de un estraperlista; el desconcierto ideológico de un patriota alistado en la División Azul y que se hace pasar por un héroe de guerra; la locura de un hombre que perdió a su esposa en la contienda civil y que por veces se siente coronel con mando y plaza en la cueva



"Un día es un día", por el grupo Teatro Ensayo de Madrid, en el Centro Cultural de la Villa.

vinculados de todo símbolo), J. Díaz conserva en toda su amplia dramática el gusto por manipular a sus personajes bajo la visión de una nueva y particular tragedia. El destino —siempre fruto de un todo social— como elemento definitivo en la vida de unos diminutos seres, partes degajadas de esa penosa mayoría que no cuenta.

Pero en este caso, el autor ha querido ir más allá de las puras implicaciones sociales, adentrándose —no sin poner sumo cuidado en ello— en determinantes políticas. Los tres únicos personajes de su texto pertenecen al lumpen, siempre al borde de la

donde se desarrolla la acción, no son más que pedazos de una España torturada, fruto no de meras psicologías, sino de posturas políticas.

Jorge Díaz quiere demostrar, por encima de todo, que el fenómeno político, pese a su aparente peso específico, apenas importa. La miseria humana, el grotesco sobrevivir de los desesperados, será siempre un hecho sangrante, y ni vencedores ni vencidos, sean del lado que fueren, podrán remediar un cáncer incurable en la especie humana.

Este propósito, no obstante, no pasa de ser un mero subjetivismo, respetable pero evidente-